

BIBLIOTECA ARALUCE

*Esta edición de Fausto,
que forma parte de la Biblioteca Araluce,
consta de 3.000 ejemplares,
de los cuales medio centenar
ha sido numerado del 1 al 50.*

Ejemplar n.º: 3

FAUSTO

Presentación:

Luis Alberto de Cuenca

Prólogo:

Jaime García Padrino

ANAYA

PRÓLOGO

En una colección dedicada a publicar «Las obras maestras al alcance de los niños», no podía faltar una de las creaciones que goza de la más alta valoración en el conjunto de la Literatura Universal: Fausto, el célebre poema dramático de Johann Wolfgang Goethe.

La notable complejidad de sus contenidos, la acumulación de personajes, la sucesión de peripecias tanto en el ámbito de lo real como de la más rica fantasía, la riqueza de su lenguaje y su considerable extensión convierten al poema de Goethe en un privilegio al alcance sólo de aquellos lectores de amplia formación y cuya capacidad de comprensión les permita acceder al disfrute de todos sus extraordinarios componentes literarios.

Esos mismos valores que convierten al Fausto en uno de los grandes hitos culturales de la Humanidad justifican su más amplia difusión para que llegue a lectores menos formados y



puedan gozar de lo que de fantástico, maravilloso y auténticamente formativo tienen las aventuras del doctor Fausto. Y no hay otra forma para extender ese conocimiento entre los más jóvenes o inexpertos lectores que ofrecerles una versión adaptada a sus posibilidades, pero respetando el carácter esencial de tan célebre poema.

De tal modo, la versión aquí ofrecida —y firmada por Francisco Esteve, nombre que se añade así a la lista de escritores de los años treinta que colaboraron en aquella colección de la editorial Araluce— responde a un intento claro por engarzar bajo la forma de narración fantástica los episodios básicos de la obra original, a la que su autor original concibió como un extenso poema dramático, difícil de una representación íntegra en el escenario de un teatro convencional.

Hay, además, un evidente propósito del adaptador por jugar con el extraordinario elenco creado por Goethe con seres fantásticos, desde los arcángeles Rafael, Gabriel y Miguel, que abren el diálogo en el Cielo, hasta animales encantados, brujas, demonios y apariciones de personajes del pasado, o los encantamientos obrados por Mefistófeles, como el que sufren los bebedores en una taberna, ofrecido aquí como un divertido episodio cómico.

Ese tono humorístico es empleado también en otros momentos de esta versión. Así, la fórmula mágica de la bruja para devolver la juventud a Fausto se convierte en la bien hispánica «Cábala de la Madre Celestina». Del mismo modo, abundan los detalles propios de una cuentística tradicional, como la ayuda de un ratón, en el primer episodio, que facilita la huida al diablo cuando éste se encuentra prisionero en el gabinete de estudio del doctor Fausto. Incluso las tentaciones de Mefistófeles a la joven Margarita se presentan con ese aire propio de las pruebas habituales en los cuentos de la tradición popular.

En tan magnífico conjunto de elementos creados por Goethe, dos personajes destacan con notas propias en su carácter: Fausto y Mefistófeles. Su pacto desencadena toda la acción, aunque entre ellos no hay una auténtica venta del alma de Fausto a cambio de la juventud y de los poderes mágicos que pone a su disposición esta figura del diablo. Sólo hay un acuerdo para entregarla con una determinada condición, que al final se rompe por la intervención divina, que no permite a Mefistófeles disfrutar con lo que ya creía haber ganado.

Con el personaje del doctor Fausto, Goethe ofrece un prototipo de la literatura de todos los tiempos: el hombre deseoso de saber cada vez



más, que no duda en llegar a un acuerdo con el propio diablo y mantener con él una particular relación de amo y criado, pero que al final quiere terminar una obra colosal para que la huella de su vida quede impresa en el mundo.

Mientras Fausto se presenta como un anciano y venerable doctor de larga barba blanca, la aparición de Mefistófeles —mediante su transformación en un extraño perro negro que se hincha hasta alcanzar un tamaño gigantesco— se presta a realzar ese carácter de relato fantástico con el que se adorna la presente versión. Después toma la forma de un gentil caballero dispuesto a cumplir cualquier deseo de su señor y es burlado al final gracias a la intervención de espíritus divinos.

Obra tan emblemática de la cultura universal y de carácter tan grandioso en sus elementos, requería unas imágenes adecuadas para facilitar una mejor lectura recreadora a sus jóvenes destinatarios. De ahí la colaboración de José Segrelles Albert, figura destacada en la pintura española de la primera mitad del siglo XX, y que realzó con sus imágenes para esta colección las versiones de La Ilíada, La Odisea, La Divina Comedia, Tradiciones iberas, entre otros títulos de la colección Araluze.

José Gabriel Segrelles Albert nació en Albaida (Valencia) el 18 de marzo de 1885. Muy joven, a los veinticinco años, inauguró en Barcelona, en 1910, su primera exposición, con la que obtuvo muy buenas críticas. En 1929 ganó la Medalla de Oro en la Exposición Internacional de Barcelona, con las ilustraciones de Las Florecillas de San Francisco, La Divina Comedia y El Quijote. Aquel mismo año se trasladó a los Estados Unidos, donde importantes diarios publicaron sus ilustraciones a todo color en páginas especiales, regresando a España tres años después.

En 1939 fue nombrado profesor de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando y en los años siguientes realizó diversas pinturas de temas religiosos, después de haber fundado en 1940 un Museo Biblioteca en la casa de su pueblo natal donde residió hasta su muerte el 3 de marzo de 1969. Museo que hoy puede ser visitado y que permite conocer algunas de las mejores obras de este artista plástico.

Entre 1959 y 1961 presentó en Valencia y Barcelona una exposición sobre temas siderales. Además de la realización de catorce óleos de proporciones gigantescas, denominados «lunetos», para la iglesia de Albaida, en 1966 apareció una edición de El Quijote con sus ilustraciones que



servió entonces para ser redescubierto como uno de los grandes ilustradores universales.

Al recuperar aquella edición de Fausto —publicada en los primeros años treinta por la editorial Araluce—, no sólo se ofrece una versión asequible de la obra de Goethe, sino que con ella podemos disfrutar de uno de los trabajos que sitúan a José Segrelles entre nuestros ilustradores clásicos en la rica tradición dedicada a ilustrar obras literarias para la infancia y la juventud.

Jaime GARCÍA PADRINO

